

<https://doi.org/10.32735/S0718-2201202000050782>

125-142

CRÓNICAS DE LO EXTRAÑO, ALTERIDADES DE LO AJENO: EL PRIMER VIAJE AMERICANO DE MIGUEL DELIBES (CHILE, 1955)

Chronicles of the strange, alterities of the other: the first american trip of Miguel Delibes (Chile, 1955)

ESMERALDA BROULLÓN-ACUÑA

*Escuela de Estudios Hispano-Americanos/Instituto de Historia
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España)*

<https://orcid.org/0000-0002-0392-9128>

esmeralda.broullon@csic.es

Resumen

El artículo versa sobre las crónicas del primer viaje americano del periodista y escritor vallisoletano Miguel Delibes con la finalidad de examinar la percepción de la alteridad, frente a lo ajeno y lo extraño, de quien proyecta emitir un diagnóstico social del continente en un breve itinerario trasatlántico. A modo de “cronista de Indias”, el viajero configura distintos prototipos estereotipados del Cono Sur de América mientras despunta un imaginario conservacionista, tanto ambiental como humanista, en su discurso.

Palabras clave: Viaje y crónica; migración trasatlántica; América del Sur; Chile; intertextualidad.

Abstract

The following essay evaluates the chronicles of the first American trip by journalist and writer, Miguel Delibes, with the aim of analyzing the perception of otherness, vis a vis the strange, of one who plans to make a diagnosis of the continent by a brief transatlantic visit. As an “indian chronicler” the traveler configures different stereotypical prototypes of the Southern Cone of America, all while he projects both an environmental conservationist as well as a humanist discourse.

Keywords: Journey and chronicle; transatlantic migration; South America; Chile; intertextuality.

1. INTRODUCCIÓN

Uno quisiera llevarse todo esto en un bolsillo y en el otro al Melecio, al Zacarías, al Crecencio, a la Modes, a la Doly, a don Rodrigo, y a todos. Entonces no me importaría América, ni me importaría nada. [...] a mí la vida me duele y, a ratos, pienso que si voy a cazar es para olvidarme del dolor de la vida, pues, cazando parece como si uno espabilase ese dolor y se lo metiese, con los perdigones, a las liebres y las perdices por el culo. Esta tarde cada vez que sonaba el pito de un tren me escocía en lo vivo [...]. La Amparo, la de Melecio, andaba desatada y al servir la tarta se subió a la mesa y se marcó un zapateado y el vino se derramaba por los manteles y todos voceaban alegría, alegría, y el Melecio tiró de armónica con “El emigrante” y yo no sabía si reír o llorar, pero notaba una cosa así, sobre la parte, que casi no me dejaba respirar (Delibes, 1958, pp. 35-37).

Recibido: 24 enero 2024

Aceptado: 15 noviembre 2024

Miguel Delibes (Valladolid, 1920-2010) emprendió desde su óptica de viajero, periodista y narrador el proyecto de diferentes obras que mantuvieron como eje central su preocupación por la cuestión social. Ya que su conciencia crítica, en el transcurrir del tiempo sobre una determinada sociedad y cultura, perfilaba unos actores cuya caracterización bordeaban los márgenes de la sociedad. Su valoración sobre problemas sociales locales adoptaba un punto de vista universal cuando su mirada audaz, al estilo del observador de campo, interpretaba diversas formas de vida y costumbres que hacían comunes las respuestas a favor del bienestar del ser humano. Sobre todo, hacia aquellos que la deidad de la técnica y el progreso transmutaban en sujetos frágiles. Desde esta perspectiva la espontaneidad del lenguaje, la interlocución dialógica o la intrahistoria que subyace en sus textos son una motivación antropológica sobre el estudio de la alteridad: de la diversidad cultural y paisajística con especial atención hacia aquellos seres que bordean la frontera de la exclusión social. Práctica ligeramente traslucida en sus primeros escritos americanos.

En el presente artículo disertaremos acerca de las crónicas del viaje sudamericano, real y ficcional, transferido bajo la forma de dietario y diario respectivamente, aunque otorgando prioridad a las crónicas periodísticas.¹ El escritor vallisoletano realizó su primer viaje americano en 1955, el mismo año que obtuvo el Premio Nacional de Literatura por *Diario de un cazador*.² El 26 de marzo de 1955 emprendió un viaje de dos meses tras ser invitado por el Círculo de Periodistas de Santiago de Chile,³ coincidiendo con el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958). Durante su estancia en el país austral dictó un ciclo de conferencias y plasmó a su vuelta las impresiones del itinerario trasatlántico en una serie de dieciséis artículos para el periódico *El Norte de Castilla*,⁴ bajo el título “Del otro lado del charco”. Estas primeras crónicas periodísticas

¹ La transferencia del viaje americano de Delibes a la ficción, a modo de registro biográfico y relato diarístico, ha sido abordado por Broullón (2010); Lynn (2010); Sanabria (2001); Portal (1982, pp. 203-2014); Marra-López (1959, p. 6); Santos (1958). En cuanto las características y las motivaciones que estructuran los correspondientes textos periodísticos, han sido expuestas por Sánchez (1989, p.116).

² El primer texto diarístico publicado por la editorial Destino fue *Diario de un cazador* que vio la luz el mismo año que *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio. Dos obras neorrealistas que sucumbieron al argot popular. A partir de 1955 Delibes, tras obtener el premio nacional de literatura por *Diario de un cazador*, continuó las peripecias de Lorenzo, su protagonista, y lo trasladó de espacio físico y social al escribir *Diario de un emigrante*, plasmando su historia de vida en una trilogía finalizada con *Diario de un jubilado* en 1995.

³ El escritor mencionó a su editor que durante este mismo itinerario contaba con el proyecto de viajar a Perú y Bolivia, países en los que finalmente no recaló. En Delibes y Vergès (2002, pp.126-127).

⁴ Miguel Delibes emprendió su trayectoria periodística en el diario liberal vallisoletano *El Norte de Castilla*, fundado en 1856. Se inició como caricaturista en 1941 para realizar funciones de redactor a partir de 1944, mientras que asumió la dirección del periódico entre 1958 y 1963. A pesar del aciago y devastador contexto de la España de finales de los años cuarenta, Delibes comenzó su carrera de escritor tras ser agraciado la noche de Reyes de 1948 con el Premio Nadal (1947), iniciando una estrecha relación con la editorial Destino, cuyos orígenes se remontan a la revista del mismo nombre, auspiciada por el empresario catalán José Vergès. Tras abandonar la dirección periodística, el humanitarismo y la conciencia a favor de los desfavorecidos se vio

se publicaron al año siguiente, a modo de dietario ensayístico en *Un novelista descubre América (Chile en el ojo ajeno)* y fueron ampliadas un lustro después en unas crónicas de viajes tituladas: *Por esos mundos. Sudamérica con escala en Canarias*.⁵

Motivado por su labor de periodista y escritor intra-historicista, Delibes es un fidedigno observador de campo a partir del cual revela unas personales impresiones sostenidas sobre dos pilares:⁶ el hombre y el paisaje en interacción con la sociedad y la política del lugar de recepción, el Cono Sur americano, en referencia a la tierra castellana de procedencia del mismo. Describiremos las crónicas del viaje sudamericano mediante su última compilación de 1961, donde el viajero prologa y relata un itinerario trasatlántico (capítulos I-V) con destino a Santiago de Chile (capítulos VI-XV).

La estancia de Delibes en Sudamérica también dejó un legado a la narrativa hispanoamericana, puesto que en 1958 y dos años después de ver la luz el primer relato de este viaje, dichas impresiones fueron transferidas a la ficción mediante su quinta novela: *Diario de un emigrante* como continuación del original y exitoso *Diario de un cazador*.⁷ Una trilogía clausurada en 1995 con *Diario de un jubilado*.⁸ De hecho, tras emprender la travesía, dedica unas palabras en las crónicas americanas al que sería el personaje central de sus Diarios, Lorenzo, el ingenuo y deslenguado bedel de instituto: “Si de algo me arrepiento es de haberme despedido de mi amigo Lorenzo, protagonista de mi último libro *Diario de un Cazador*, sin haberle traído a darse una vueltecita por estas tierras” (Delibes, 1956, p. 12). Por lo que el periodista se transmuta en novelista para testimoniar el viaje de ida y vuelta de un emigrante castellano a Sudamérica. Interlocutor de su trilogía diarística y singularizada en el segundo *Diario* por una escritura repleta de hallazgos lingüísticos intercontinentales.⁹ Ambos libros americanos nacen de la experiencia de su primer viaje

acrecentada coincidiendo con su madurez y su consolidación narrativa. Recientes compilaciones y selecciones de textos en tomo al centenario del nacimiento del autor han sido editados por Marchamalo (2020); Gómez Trueba (2022).

⁵ La presente obra fue editada en 1961 y recoge las mismas crónicas de viajes que *Un novelista descubre América (Chile en el ojo ajeno)* del año 1956, si bien incorpora un nuevo capítulo al viaje mediante la escala de Canarias (Tenerife). Texto publicado también en el volumen VII de las *Obras Completas* (Delibes, 2007-2010).

⁶ Cabe resaltar la posición de observador participante que adopta Miguel Delibes, así como su aportación al registro narrativo de distintos modos de vida y costumbres sobre la cultura tradicional y extinta. Al respecto, véase Rey (1993, pp. 101-110); Díaz, (1993, pp. 183-186).

⁷ El escritor y periodista vallisoletano sostiene en conversación epistolar con su editor José Vergès que el mismo día que viajaba hacia el país austral le hicieron entrega del primer ejemplar de *Diario de un cazador*. La relectura durante el viaje transfiguró la mirada de Lorenzo, el protagonista central como si de un emigrante se tratase, sembrando la simiente de un segundo diario ficcional (Delibes y Vergès, 2002, p. 129); De igual modo queda reflejado en, Alonso de los Ríos (1971, p. 137). Y también testimoniado en Delibes, (1966, pp. 14-15).

⁸ En la década de los años sesenta el novelista mantenía el proyecto de una nueva publicación continuada de los Diarios, bajo el título *Diario de un pescador*. Obra que finalmente no vio la luz. En Delibes y Vergès (2002, p. 200).

⁹ *Diario de un emigrante* apenas sufrió las tijeras del censor. Sólo le fue amputada una pequeña frase: “... pero que no desconfiaba porque estos tiempos traerán otros y a todos les llega su hora”. En Delibes y Vergès (2002, p. 162).

transoceánico, donde concuerdan, aunque desde diferentes alteridades las observaciones de Miguel y de Lorenzo respecto a las costumbres, así como el impacto paisajístico y cultural sobre el ánimo del creador de estos textos y de sus criaturas.¹⁰

2. EL VIAJE AMERICANO DE MIGUEL DELIBES: *POR ESOS MUNDOS. SUDAMÉRICA CON ESCALA EN LAS CANARIAS*

En un minuto nos metimos en los Andes. ¡Madre, qué picos! Yo me recordaba de los tesos nuestros y la gozaba. La verdad es que uno junto a estos montes queda más chico que una hormiga. El trenillo iba para arriba echando los bofes [...]. En las cimas empezaron a volar los cóndores [...]. Entre éstos y la liebre, estoy negro; no veo la hora de darle gusto al dedo. [...] Ando como achucharrado y sólo de ver los picos de la cordillera paso la pena negra. Hoy me dio por pensar que, después de todo, en casa no echaba nada en falta, o sea que si nos largamos fue sólo por la cochina avaricia (Delibes, 1958, pp. 81-82).

Los primeros escritos que Miguel Delibes realizó sobre América han tenido una escasa recepción entre los estudiosos de su ingente obra. Exiguas páginas se han dedicado a analizar su itinerario como viajero, periodista y novelista en Sudamérica, por ello trataremos de trascender parte de este “olvido” en las siguientes líneas. Tomamos como referencia la compilación *Por esos mundos* (Delibes, 1961), donde Delibes describe su estancia en Chile (capítulo VI-XV) tras un viaje trasatlántico con escalas en el actual Cabo Verde (capítulo I), Brasil (capítulo I), Uruguay (capítulo I) y Argentina (capítulo II-III-IV-V). Mientras que realidad y ficción, verdad e invención en términos delibianos, trazan un puente sobre la alteridad originada por el desplazamiento y la migración en *Diario de un emigrante*, como resultado del viaje iniciático del joven Delibes a América de la mano de su otro “yo”: Lorenzo.¹¹

Por esos mundos es una descriptiva crónica de viajes, nutrida de la observación tanto directa como participante del periodista vallisoletano quien aspira a emitir, mediante su itinerario e imaginario socio político español de partida, un “diagnóstico” del continente.¹² En el breve prologo desgrana una valoración sobre el viaje y la movilidad

Si bien el novelista en la revisión a la que sometió el texto, antes de la primera publicación, corrigió y eliminó palabras mal sonantes – “tacos” – en la voz del personaje principal. Véase, Delibes y Vergès (2002, p. 166).

¹⁰ La conexión y el paralelismo entre ambas obras -real y ficcional-, aunque narrado con “voces” diferentes, son expuestas en el estudio preliminar a la novela y bajo la autoría de Medina-Bocos (1997, pp. XVI- XVII). Similares criterios al respecto sostienen otros críticos y estudiosos de la obra delibiana. Sirva de referencia, Regazzoni, (1980, pp.129-133); Portal, (1982); García Domínguez, (1993, p. 174); Sanabria, (2001).

¹¹ Sólo un año después de ver la luz *Diario de un emigrante*, Miguel Delibes publicó la que sería la novela de mayor venta o tirada a lo largo de su carrera: *La hoja roja* (1959). De ahí que pudiera solapar una la proyección del segundo *Diario*.

¹² Dictamen apoyado en una valoración de impresiones a partir de la experiencia del desplazamiento, emitida a su vez en el *Diario* del emigrante Lorenzo y, por ende, diagnóstico más logrado en el material de ficción que

vigente, al tiempo que asienta las formas del desplazamiento moderno a partir de su permanente referencia a la naturaleza (ecosistema, salud, biología) y a la cultura (costumbres, gentes y formas de vida). E inscribe el apremiante traslado, dentro de su referente geográfico que es la provincia, en la necesidad del hombre por ampliar sus horizontes; interconectando la proyección del desplazamiento con el medio físico y erigiendo la movilidad en un hecho consustancial al ser humano:

Con la velocidad, el rasgo más definidor de nuestra época es la inestabilidad o, si se prefiere, el nomadismo. Nadie sabe vivir hoy sin moverse, sin cambiar de horizontes. El vecino de las Rozas escapa en sus asuetos a Madrid a echar un baile; el vecino de Madrid escapa a Las Rozas en sus asuetos a comerse una tortilla de patatas (...). Nunca se desarrolló en el mundo una fiebre de movimiento como la que nos es dado contemplar en nuestros días (Delibes, 1961, p. 10).

El discurso que Delibes disemina en las crónicas sudamericanas mantiene un hilo argumental en torno a una diversidad de frugales impresiones: el viaje en sí con diversas escalas, la descripción de las ciudades donde recalca y los actores que bordean los márgenes de la sociedad en tierras chilenas: el roto, el huaso y el araucano, así como su categórica admiración por el paisaje y la naturaleza americana. Presenta a las gentes del lugar en consonancia a las costumbres, la sociedad, la economía y la política en la cual están inmersos. Mientras que acomete esta iniciática experiencia recurriendo a un renovado eufemismo ajustado al pensamiento hispanista de su tiempo. El periodista emprende un “descubrimiento” de América con la voluntad de dejarse impresionar tras viajar para “ver mundo” como observador de una empresa; más que arriesgada, dirá en sus propios términos, pretenciosa y que asume desde su honradez de ensayista y principiante viajero trasatlántico frente al vasto y ajeno universo:

(...) primero, que en las líneas que siguen el periodista ha prevalecido sobre el escritor y por tanto sería desmedido y necio buscar en ellas literatura; segundo y último, que estos volúmenes no son guías al uso y que cualquier semejanza entre ellas y las guías de turismo es una mera coincidencia por la que de antemano el cronista pide disculpas (Delibes, 1961, p. 12).

Delibes no presenta un relato de viajes propiamente tal, sino que despliega un cúmulo de contradictorias “impresiones y depresiones”. Esto quiere decir, que sus crónicas periodísticas se presentan sin datos u otras fuentes que sirvan de argumento a las referidas diferencias culturales y ambientales transoceánicas e identificadas en algunos fragmentos bajo la impronta de una “anomalía” a modo de cronista de Indias. Pero

en la crónica periodística de Delibes, quien da crédito a unas opiniones sobre diferentes aspectos del continente; sin contrastar o reflejar otras fuentes en el texto y contra texto que constituyen las notas a pie de las cuales no hace uso. El novelista, sostiene Delibes, es quien verdaderamente se despoja de prejuicios en cualquier experiencia de viaje (Delibes, 1961, p. 17).

cuando alude a América como un “continente por descubrir” evidencia la novedosa alteridad del viajero ante un “Nuevo Mundo” y respecto a las tradiciones propias como parámetro referencial. Al tiempo que subyace en su relato de viaje un discurso de ecología política que el escritor vallisoletano consolidará a medida que avance en su obra:

Uno no marchó a América para descubrir nada; es decir, marchó a América a no descubrir nada y a descubrirlo todo; pero, esencialmente, marchó a América a constatar hechos. Los hechos son la manifestación del hombre en un paisaje determinado (...). Sudamérica sigue siendo un nuevo mundo para un europeo ahito de piedras y tradiciones seculares (...). Lo bueno del novelista es la facilidad con que se despoja de todo prejuicio (...). Lo bueno del novelista es que su intención no es ambiciosa: su objetivo lo constituyen, simplemente, los hombres y los paisajes (Delibes, 1961, pp. 17-18).

El viajero emprende la ruta transoceánica desde una perspectiva eurocentrista. No sólo porque la impresión emitida sea producto de una comparativa con el lugar de origen y frente a parámetros continentales europeos, sino porque Delibes transfiere su primer contacto con lo extraño en términos de exotismo, tal como alude al escaso “alto” realizado en la actual ex-colonia portuguesa de Cabo Verde: “En todo caso, La Sal representa para el viajero el primer contacto con lo exótico: bandadas de negritos de calzón corto y flexibles negritas con faldas chillonas y turbantes a la cabeza salen al encuentro del avión; se ocupan, luego, de su adecentamiento y aseo” (Delibes, 1961, p. 21).

Mientras que, en la otra orilla atlántica, en tránsito hacia Chile, el periodista recaló en la ciudad brasileña de Natal en un viaje iniciado por un plúmbeo trayecto. En términos religiosos y al aludir la noción de “almas” trasluce un determinismo socio-biológico de la “diversidad racial”, en estrecha conexión a la valoración de este negativo marcador identitario para la construcción de la Nación:

En Natal –Brasil– el viajero ha de soportar una fumigación concienzuda a manos de un indolente mestizo. La escena es humillante. Uno, entre los efluvios de DDT, adquiere conciencia de patatal invadido por las larvas (...). Ello no justifica la actitud agresiva del mestizo. Ser fumigado con la sonrisa en los labios, puede ser soportable; ser fumigado por un ser de mirada alevosa, resulta espeluznante (...). En Natal ya trasciende el problema racial del país, si problema puede llamarse al hecho de que el porcentaje de hombres negros, mestizos y zambos supere al porcentaje de hombres blancos. Para el viajero, el problema racial, como todos los problemas, no es cuestión de cuerpos sino de almas; es decir, éste existe cuando el porcentaje de almas negras es tan elevado que imprime su huella en el país (Delibes, 1961, pp. 22-23).

La conjunción de los dos elementos referenciales en su obra optimiza esta iniciática narrativa de viajes: “un hombre y un paisaje”, a lo que pronto incorporará la dimensión de “una pasión”, cimentando los pilares de su crónica sudamericana a partir del Brasil. Bajo la proyección geográfica del viajero castellano otorga una especial

atención a la descomedida naturaleza en términos poblacionales y ambientales. Brasil representa para Delibes el primer contacto con un medio físico donde el hombre tiene escasa intermediación. Un país perfeccionado en una ciudad de “tarjeta postal” como es Río de Janeiro, ciudad cuyo encuadre físico le embaucó:

Si hay un vocablo que pueda resumir el carácter de la Naturaleza brasileña, es este descomunal (...). Nada hay delimitado en Brasil; se trata de una naturaleza desbocada (...), de una opulencia sobrecogedora (...). En todo caso se trata de una Naturaleza esplendorosa, de infalible seducción visual, limpia, abrumadora. En realidad, todo esto no es sino una adecuada preparación para el gran espectáculo que se avecina: Río de Janeiro (Delibes, 1961, pp. 23-24).

Entre las óptimas impresiones de sus crónicas urbanas se halla el enfoque reportado sobre Montevideo, ya que esta portuaria capital regocija la alteridad delibiana tras su procedencia del Brasil, quizás por los similares aires europeos de la misma. En su relato es magnánimo al concebir a Montevideo como el contrapunto de equilibrio social y económico del continente sudamericano. Si bien, enfoca la distribución demográfica y la concentración poblacional urbana del Cono Sur desde una endeble fisionomía y por lo tanto escasamente saludable. Ya que el autor representará las ciudades sudamericanas a partir de una pre-concepción macrocefálica:

Uruguay, en cierto sentido, es la Suiza de Sudamérica. Un país chico, pacífico y con un buen orden financiero. La solidez de la moneda uruguaya es casi un insulto para los demás países sudamericanos en plena incontenible inflación (...). Nada, fuera de la capital respectiva, vale para ellos la pena. Así se explica que la mitad de la población uruguaya se concentre en Montevideo, la tercera parte de la chilena en Santiago y la cuarta de la Argentina en Buenos Aires. Son todos ellos países macrocefalos, países de cabeza grande y miembros entecos (...). El alto nivel de vida del Uruguay se exterioriza en la alegría de sus calles, en la actividad de su comercio y, naturalmente, en el volumen de circulación rodada (...). Uruguay desconoce los conflictos sociales. Por lo demás, Montevideo, con su barrio viejo portuario y el barrio moderno a sus espaldas, tiene un cierto tono europeo (Delibes, 1961, pp. 27-28).

No obstante, las orillas del Río de la Plata confunden el ánimo del periodista, al extrañarle la novedosa proyección de lo urbano en Buenos Aires. En términos de “desmesura” sintetiza su impresión sobre el trazado urbanístico y la monumentalidad bonaerense. Delibes sostiene que ello es el reflejo de la pátina que recubre las políticas y la acción de los dictadores, mientras que “el paisaje y el hombre” continúan siendo el centro de gravedad de su discurso. En el caso porteño alude, sin datos referenciales, a su tejido poblacional: sobre todo migrante y de origen europeo, para transferir en unas breves líneas información sobre la descomedida fisionomía urbana y la cultura circundante que

esgrimen un mestizaje cultural, puntualizadas en términos de “promiscuidad” biologicista.

El viajero europeo que habita en Delibes contraria al novelista y por ello traslada al lector la imagen de una urbe constreñida por su excedida expansión y desarrollo desmesurado. Macro capitales y connubios urbanos que desairan al escritor vallisoletano, hombre de provincias con una notable consideración a favor de la vida rural y campesina. Pues su visión del progreso tiene que ver con el regreso a los orígenes de la humanidad. Pero Buenos Aires, por su propia historia poblacional, en cuanto a urbe receptora de migrantes, no sería posible –a pesar de la mirada transferida de la otra orilla atlántica y correspondiente a Montevideo– concebirla geográficamente a imagen y semejanza de la Europa continental que, en definitiva, es el acérrimo referente del por entonces joven Delibes:

Buenos Aires en este punto se ha excedido (...). A Perón se le ha ido la mano (...). El aeropuerto bonaerense viene a ser uno de esos excesos monumentales tras los cuales los dictadores encubren su mediocridad (...). Los bonaerenses presumen, sospecho que, con razón, de poseer la calle más larga del mundo y la avenida más ancha (...). A Buenos Aires le falta el centro de gravedad; da la impresión de ser fruto de esfuerzos dispersos. La anatomía urbana denuncia ya la promiscuidad de razas, religiones e ideales que en ella se cobijan. Buenos Aires es un gigantesco crisol (...). Se echa en falta una conciencia colectiva. Las minorías étnicas infunden carácter a una calle o a un barrio; rara vez se funden o se confunden. No obstante, el ambiente es europeo: italiano o español (Delibes, 1961, pp. 29-30).

Las coordenadas de centro y periferia, tradición y modernidad reorientan el imaginario del viajero castellano bajo una superficial impresión, reforzada por el mito de la ubérrima América, ya que estima se puede “hacer las Américas”, tal como rotula en el capítulo III: “Argentina sigue siendo el país de las oportunidades”, gracias a su “buena salud”. En consecuencia, reafirma una concepción darwinista auspiciada mediante el ascenso social promovido por las cadenas migratorias y que en realidad se con-funde con su propia concepción de la austeridad y del tesón por el riguroso trabajo:

Para mí, la periferia de Buenos Aires reúne más rango, mayor sugestión que el centro. Las grandes avenidas de las afueras son espléndidas (...). Buenos Aires ha racionalizado la vida familiar: casas independientes con sus jardincillos (...). Son barrios de gente rica y, entre ellos, inmigrantes que montaron sus tiendecitas, primorosamente dispuestas, al amparo de la expansión centrifuga. En ninguna parte de Buenos Aires faltan comercios. Y todos trabajan (...). No se puede vivir sin comprar: en Buenos Aires este postulado es un credo. El dinero corre sin detenerse (...). Los pequeños comercios habitan el piso y tienen la tienda en la planta baja; como los maestros de los antiguos gremios. Cualquier día saltarán de ahí a la calle

Florida, y otro más o menos recién llegado, le sustituirá. Es aquí el proceso lógico (Delibes, 1961, pp. 35-36).

Elogia el nivel de vida y la prosperidad económica argentina, contribuyendo a difundir el mito americano como lugar de oportunidades. Ahora bien, una coyuntura sostenida sobre la ruralidad y la considerada valoración de las posibilidades proveedoras del campo. El escritor sobreestima las extensiones territoriales sudamericanas en el origen de la bonanza descrita. De ahí el asentamiento de las colectividades migrantes, otorgando una próspera potencialidad a la explotación agrícola liderada por el asentamiento alemán:

Quienes disponen de comida, aún sin contar con industria próspera, tienen casi todo resuelto (...). Esto quiere decir que la Argentina, a pesar de todos los pesares, sigue siendo el país de las oportunidades (...). El campo argentino en muchas de sus zonas está prácticamente virgen, y no olvidemos lo que el campo representa para estos países tocados por la gracia de la humedad. Los alemanes, que son gente seria y reflexiva, han reparado en seguida en el fenómeno. Las últimas inmigraciones se han localizado en el sur, donde han constituido importantes colonias agrícolas. La Argentina está llamada a ser una primera potencia. Se aducirá que la política puede dar al traste con estas esperanzas (...). Yo estimo, sin embargo, que ningún régimen político, por mal orientado que esté, sería capaz de estrangular la euforia económica de este pueblo (Delibes, 1961, pp. 39-40).

En síntesis, varias son las críticas enumeradas en sus crónicas argentinas. Entre estas son destacables las menciones dirigidas a los emigrantes, al éxodo rural y a la política peronista. El periodista realizó el viaje a comienzos del invierno argentino de 1955, durante el convulso periodo de la segunda presidencia de Perón. Ni la ostentabilidad ni la “palabrería” porteña agrada el ánimo del viajero, al tiempo que su militancia católica tuvo que verse desairada ante la manifiesta confrontación entre peronismo y catolicismo. Desde el punto de vista político, Miguel Delibes negativiza el débil iluminismo de los próceres de la patria y en consecuencia la ostentabilidad monumental del justicialismo peronista, bajo la singularidad propia de lo que estima como sistemas políticos de “nuevo cuño” y, en su efecto, depuesto en septiembre de 1955.

Por otro lado, el agro en Delibes conforma el lugar óptimo para el desarrollo ambiental y humano. Desde su perspectiva el progreso se halla vinculado a lo rural y a la dignidad de las gentes del campo quienes deben contar con la libertad de elegir sobre la permanencia en el lugar de origen y en consecuencia no verse obligados al desplazamiento. En cuanto a escritor socialmente comprometido que en su contradictorio imaginario trata de aunar ética y estética, desdeña la “euforia verbal” que caracteriza a las gentes del continente con particular incidencia en la Argentina:

Cada vez van sobrando palabras en el mundo. Esto no reza con Sudamérica, que está viviendo una etapa de euforia verbal. La oratoria constituye aquí un auténtico vicio (...). Este desbordamiento verbal, trasladado a la política, resulta de lo menos

simpático (...). Todo habla, vocea, en la Argentina (...). Tal verborrea ocasiona, sin duda, unos efectos contraproducentes. En política, entiendo yo, cuando verdaderamente se hace obra, el silencio redobla la eficacia (Delibes, 1961, p. 38).

En tránsito por la Argentina, enfatiza de manera positiva el binomio de bienestar e inmigración favorecido por la propia naturaleza y la tierra de asentamiento. Hecho viable para el viajero mediante la constancia del trabajo, al tiempo que singulariza la argentinidad por un permanente estado de provisionalidad social lo cual paradójicamente permite o más bien estimula mejoras económicas. De este modo emergen las continuas contradicciones del periodista-escritor:

(...) de aquel que trabaja sale a flote tarde o temprano (...), en un país donde todo el mundo se considera viviendo en un régimen de provisionalidad, o sea que el camarero no piensa morir de camarero, el burócrata de burócrata, ni el taxista de taxista. Todos, con muy buen acuerdo, aspiran a progresar (Delibes, 1961, pp. 41-42).

Sin embargo, la impresión sentenciosa del cronista se refuerza en su visión sobre la ingratitud del emigrante con el lugar de recepción. Miguel Delibes aborda la presencia europea en Sudamérica concluyendo de manera enfática sobre la diversidad cultural y étnica en la Argentina. Alude a la segregación de unas colectividades, identificadas y conmovidas por un denominador común que es la nostalgia, así como por el halo desaprensivo de superioridad del migrante europeo ante el criollo. Actitud reprochada por Delibes en términos de ingratitud a la tierra de acogida y origen causal de la fragilidad de un valor preeminente en el escritor vallisoletano: la conciencia nacional de los pueblos. Estimación realizada dentro de sus conservadores valores patrióticos y espíritu moderadamente crítico:

En Buenos Aires y Mendoza, en la ciudad y en el campo, en avión y en tren, topa el viajero con argentinos que nacieron en Europa o con europeos que residen hace muchos años en la Argentina. Hay españoles e italianos especialmente y, luego, alemanes, ingleses, franceses, rusos, turcos, griegos, polacos, finlandeses y lituanos. Resulta conmovedor cómo estas minorías se agrupan movidas por un instinto de conservación de formas de vida, ideales y costumbres. Procuran darse calor como las gallinas (...). Para estos inmigrantes, el sentimiento común es la nostalgia (...), pero que a la hora de manifestarse se concreta en un prurito de superioridad. Nada de esto justifica, creo yo, tales movimientos de ingratitud (...), un hombre no debería tener derecho a vanagloriarse de la historia de su país sino en la medida que cooperó a crearla. Todo lo que el inmigrante, de ordinario laborioso y tenaz, favorece el desarrollo económico del país que le adoptó con su impulso de naturaleza variadísima, frena con su actitud de reticencia o reserva espiritual, la formación de una conciencia nacional estable y sólida (Delibes, 1961, pp. 49-50).

En las crónicas sudamericanas los Andes toman protagonismo ya que es la agreste naturaleza frente al individuo quien mantiene su preeminencia; aludiendo a la fragilidad

humana, aspecto presente en toda su obra. Sólo la disposición de la cordillera hacia el Sur de Chile lo lleva a describir ésta como un universo “habitable”. Aprecia la menudencia del individuo y el remanso de paz tras el aislamiento experimentado en su estancia transandina. Al abrigo de la cordillera y acompañado por diplomáticos españoles queda sobrecogido por la omnipresencia de un todo poderoso, que bajo la concepción católica de Delibes es representado en un Dios hacedor:

Súbitamente el viajero se encuentra aislado y como en otro mundo. La muralla de los Andes representa una frontera física que tiene, sin embargo, una agobiante repercusión moral. Es algo así como sentirse en la luna, alejado y protegido del resto del mundo. Los Andes comunican al observador una despiadada y, al propio tiempo, confortadora imprecisión de inexpugnabilidad (...). Conforme se extiende hacia el sur, la cordillera, repito, se humaniza (...) La cordillera es una constante geografía; la espina dorsal del país (Delibes, 1961, p. 56).

Es una combinación orográfica maravillosa; un prodigio de formas, de luz y de color. Uno contempla el paisaje con ojos nuevos; con mirada de Dios. El silencio es macizo, sólo quebrado por la nieve al fundirse en el tejado de latón y el crepitar de los leños en la chimenea (Delibes, 1961, p. 59).

Miguel Delibes narra su experiencia en Chile, destino último de su viaje a partir del capítulo VI. Es el hombre en su medio cultural y paisajístico quien se halla en el centro de la crónica chilena. Si bien la continua comparativa con otras costumbres y rasgos culturales occidentales colman de prejuicios una parte de las siguientes líneas. La ubicación en el globo y la diversidad de la geografía chilena junto con la singularidad de los temblores de tierra (sismos) enhebran el discurso delibiano. E inicia su descripción resaltando la angostura chilena donde paisaje y hombre vuelven a ser las referencias de sus relatos. A la vez que (re) presenta a Chile por la importancia de sus recursos naturales, entre ellos los nitratos:

Chile es un país que, como corresponde a su ascendencia araucana, ha colocado sus provincias en fila india (...). Para un modesto escritor y como tal de una ignorancia enciclopédica, Chile, en la perspectiva, era poco más que los nitratos (...). Basta asomarse aquí para que uno advierta la injusticia de tan somero concepto. Chile es un país que humana y geográficamente encierra un enorme interés (...). De momento importa conocer que “Chilli”, en idioma aymara, significa “donde acaba la Tierra”, y no deja de ser emocionante esto de sentarse uno a la máquina en el extremo del mundo (Delibes, 1961, p. 61).

La capital chilena pierde fulgor para el cronista ante el decorado de la cordillera, al igual que impacta el descubrimiento de la figura *cuasi* marginal del “roto”, en continua alusión al binomio periferia-centro; rico-pobre, progreso-regreso, progresismo-conservadurismo, etc. Sea como fuere, la conclusión a la que llega el viajero es que el anhelo del individuo en tierras sudamericanas gira en torno al “aquí y ahora” o lo que es

lo mismo: a favor de un presente que permite, al menos, no inquietarse y por ende no hipotecar el futuro:

Y Santiago no es una ciudad vistosa, siquiera sea una ciudad alegre y grata de vivir (...). El centro de Santiago, con bonitos establecimientos comerciales y un tráfico nutrido, y en algunos lugares inteligentemente reglamentados, hace atractiva la ciudad a condición de que no levantemos los ojos (...). Chile no aspira sino a vivir el presente; lo que pasó ayer no le interesa; lo que está por venir no le preocupa (Delibes, 1961, pp.68-69).

La construcción de arquetipos que acompañan el discurso delibiano se hacen notorios en el capítulo VIII: “El chileno, un andaluz al baño maría”. El periodista emite juicios estereotipados sobre caracteres diferenciales de las gentes, a partir de la adscripción de éstos a un determinismo ambiental y racial:

El sudamericano, tal vez por el hecho de habitar un continente próspero y rico, ha puesto en marcha un sistema filosófico de la vida evidentemente materialista y nada original, que puede resumirse en una frase: el mayor número de goces con el mínimo esfuerzo. El norteamericano, pese a todo lo que se diga, ha enfocado el problema con un poco más de dignidad (...). Para el chileno, la vida comienza y termina hoy. Para el norteamericano, la vida, en un ayer próximo, empezaba mañana; de ahí que “su hoy” constituye una realidad próspera y confortable (Delibes, 1961, pp. 73-74).

Las impresiones acerca del “chileno” giran en torno a la actitud derrochadora y desaparegada por parte de estos, condición semejante a otro prototipo referencial para Delibes: el andaluz. Es decir, concibe diferencias en base a prejuicios, cuando los diferentes modos de vida y de organización social han de ser entendidos como el resultado de aquellos fenómenos estructurales a los que están sujetos las comunidades, dotando a los mismos hechos de distinto significado cultural e ideológico. Asimismo, observa similitudes reportadas entre el chileno y el andaluz en el seseo (Delibes, 1961, p. 78; el abuso del diminutivo en la lengua (Delibes, 1961, p. 80); la escasa laboriosidad o la afición por el juego de azar (Delibes, 1961, p 83). Si bien todo ello acaba justificándose en el imaginario dicotómico delibiano en términos de generosidad comportamental:

El chileno nace con la mano abierta. En la vida he visto un país donde el crédito cuenta con tantos y tan apasionados partidarios. El dinero aquí no corre, vuela. El chileno gasta lo que tiene hoy y lo que espera conseguir mañana; su actitud para un europeo consciente y forzosamente administrado, resulta de una prodigalidad irresponsable. Mas lo cierto es que el chileno rara vez se coge los dedos. El país responde; quien trabaja, gana dinero; se trata, en suma, de una naturaleza agradecida (...). Ese desapego hacia el dinero se traduce en una abierta, espontánea, generosidad (...). Lo cierto es que se dan sin reservas, y lo que es todavía más importante, sin desconfianza. El chileno no es un ser propiamente laborioso. El

trabajo, para él, constituye un simple medio. No encuentra ese gusto por la actividad incesante que se observa en otros climas. El chileno trabaja justamente lo preciso para poder disfrutar de la vida (...). La despreocupación por el dinero es literalmente asombrosa (Delibes, 1961, pp. 75-76).

Otra singularidad atribuida al carácter chileno que Delibes asemeja y diferencia a un mismo tiempo con el prototipo del andaluz es la práctica del beber. Sólo que a diferencia de este último y del cual no parece tener una buena opinión, el chileno no bebe necesariamente en colectividad; trascendiendo la sociabilidad contenida entre los hombres alrededor de una cultura tan arraigada, a su vez, en tierras vallisoletanas:

Hay algo más sustancial que todo esto y es esa suerte de propensión a la abulia que en Andalucía la da el clima y en Chile la da... Chile. En cualquier caso, al chileno puede considerársele un andaluz al baño maría; un andaluz atemperado por el “puelche” de la cordillera. Esto equivale a decir que ni en la euforia ni en la irritación llega el chileno a los extremos del andaluz. Digamos, en suma, que el chileno es un andaluz con sordina. El chileno hace gala de un equilibrio cordial que le falta al andaluz, más estrepitoso que aquél en cualquier manifestación vital. Dentro, por ejemplo, de la común afición al vino, nadie imaginaría a un andaluz bebiendo en solitario y en silencio. La diferencia, creo yo, es una compleja cuestión de sangres. Pero lo cierto es que en Chile, para “curarse”, no se necesita otra compañía que la del vaso (Delibes, 1961, p. 78).

Aún caracterizando los perfiles mencionados, Miguel Delibes, bajo una concepción de fraternidad “natural” del hombre, resalta el “carácter bondadoso” del chileno, motivado sobre todo por una espiritualidad en su origen humanista y societaria, ya que sostiene que a este no le gusta ni sufrir ni ver sufrir. Delibes ansia encontrar hombres “auténticos” que suelen corresponder en su imaginario a individuos representados en sujetos “frágiles”:

(...) el hombre no religioso es en este país igualmente caritativo (...), he de hacer constar que en el tiempo que yo estuve presente ni una sola persona denegó la limosna. El chileno no quiere sufrir, ciertamente, pero tampoco ver sufrir, tal vez porque a la postre, esta es una forma de sufrimiento. Fórmula que se deja ver en las asociaciones y las sociedades mutualistas y de socorro. (Delibes, 1961, p. 85).

El periodista-novelistas se debate entre el anhelo de la libertad y el deber a la disciplina como parte constitutiva del progreso y el bienestar en el hombre. Desde esta perspectiva celebra –a diferencia de las colectividades migrantes en Argentina– la falta de sentido gregario del “pueblo chileno”, mientras reconoce la autonomía y la “libertad” representada en la figura del “roto”. Entre las impresiones más elaboradas se halla la descripción del “roto” chileno (capítulo X). Para Delibes el “roto” es un individuo situado en sus dos concepciones prioritarias a la hora de configurar la representación social: ubicado entre la verdad y la “mentira” o lo que es lo mismo entre realidad y ficción. Pues

más que un personaje pintoresco es una “actitud ante la vida” lo cual rompe con esquemas arquetípicos anteriores de su propio imaginario cultural. El roto no constituye, en términos delibianos, al equivalente del mendigo o pordiosero, aunque así lo circunda y en consecuencia lo parezca:

El “roto” constituye el extremo inferior de una sociedad, que deliberadamente ha eliminado de su escala la clase media (los trenes de Chile carecen, consecuentemente, de segunda clase). El “roto”, antes que un personaje pintoresco, sugestivamente literario, es la expresión de una actitud ante la vida (...). Su antagonista será el presunto señorito, bien vestido y escrupulosamente afeitado, que no tiene dónde caerse muerto. He aquí otro típico personaje chileno (Delibes, 1961, p. 93).

El “roto” tiene madera de sibarita; lo que sucede es que no ha despegado todo este sentimiento o estos afanes, porque hacerlo así representaría mucho dinero, y este dinero le supondría mucho trabajo, y el mucho trabajo excluiría ya, por principio, la buena vida (Delibes, 1961, p. 99).

El viajero presta atención desigual a las diferentes identidades cuasi marginal que habitan las tierras australes. No sólo emite su generosa impresión sobre el “roto” sino también sobre el huaso (capítulo X), en particular por su noble condición campesina:

Y puestos a definir a Chile por sus tipos peculiares, yo no podía omitir aquí una alusión al “huaso”. El “huaso” es el campesino chileno; una especie de gaucho de otras latitudes. Tipo apuesto, altanero, de indumentaria pintoresca y ademanes de gran señor. Lo más convincente del “huaso” es que no se trata de un hombre disfrazado para asombro y satisfacción de turistas. En España hay, es cierto, una gran riqueza de trajes regionales, pero estas indumentarias no son ya de uso, sino de exhibición. Huelen a humedad, a años y a naftalina (...). Uno se asoma al campo y ve aproximarse un jinete arrogante que se descubrirá ante el forastero con un amplio ademán, muy versallesco, y le dará cortésmente el buen día o las buenas tardes. Este hombre tiene, sin duda, un cierto aire de caballero andaluz (Delibes, 1961, p. 101).

Por el contrario, es prolijo en la descripción acerca de las precarias condiciones de vida del indio mapuche de La Araucanía (capítulo XIV) quien mora en un letargo ocaso y con el cual cerramos la presentación de las crónicas sudamericanas. El indígena transfiere al lector la peor parte de la pluma impresionista del cronista, a la vez que resalta el papel femenino en la reserva de sus ancestros en conflicto con el Estado nacional. Un Estado que además de confinarlos en forma física también los reduce “mentalmente”. De ahí que la visión del escritor sea tan contradictoria en la valoración y el diagnóstico que formulaba en el prólogo de estos relatos. Mientras que las crónicas sudamericanas son clausuradas con su visita a Concepción y Valparaíso (capítulo XV) cuyos entornos circundan un paisaje idílico para sus pasiones: la caza y la pesca, concluyendo la presentación con un énfasis sobre la ubérrima América por su valor como tierra de acogida de emigrantes (capítulo XVI):

El indio araucano no acierta a convivir con el confort y la disciplina (...). El sur de Chile está transido del espíritu indio, la eufonía de las voces araucanas asalta al forastero por todas partes (...). Indios –para decirlo de una vez– dolientes, que arrastran una existencia deliberadamente mísera, en perpetua huelga tácita de brazos caídos, porque su raza no nació para el trabajo de la tierra dentro de una colectividad disciplinada. Percatado el Gobierno de la mediocridad intelectual del indio, de su carácter reactivo a la disciplina, limitó su personalidad prohibiéndole enajenar la tierra adjudicada, es decir, equiparándole a un menor o a un deficiente mental. Las consecuencias son notorias. Los campos de la reducción están incultos en buena parte y, en otra, los trabajan las mujeres. (Delibes, 1961, pp. 124-125). Salvo excepciones, el indio es la encarnación de la pereza, de la abulia, de la más abyecta y ruin dejadez. Si se le dejaran las manos libres no tardaría unos meses en beberse las tierras. El alcohol ha enervado la raza de modo lamentable (...). Sus condiciones de vida son, en general, puramente animales. La actitud del indio araucano ha forzado a la mujer a tomar las riendas del gobierno (...). La “mapucha” está ennobleciendo la decadencia araucana (Delibes, 1961, pp. 126-127).

3. EJES CONFORMADORES DE LA ALTERIDAD

Ya en este plan, le confesé que me había llevado un desengaño y que tanto hablar de América se sacaba oro de las piedras, pero que uno llega de América y son los menos que andan en coche (Delibes, 1958, p. 110).

Las crónicas sudamericanas que hemos seleccionado en el presente texto fueron escritas durante un segundo periodo de la extensa carrera del escritor y periodista vallisoletano, cuyo imaginario oscilaba entre el conservadurismo y el conservacionismo a nivel humanístico como ambiental. Su escritura literaria y periodística de viajes, estrechamente imbricada en el caso sudamericano, contiene una singular impronta dialógica en cuanto a una de sus específicas señas de identidad. Crónicas periodísticas que remontaron una neófito primera época narrativa tras el reconocimiento del premio Eugenio Nadal de 1947 por *La sombra del ciprés es alargada* (1948), donde el ingeniero y escritor Juan Benet situaba la raíz de todo el trabajo posterior de Delibes. Una novela caracterizada por un retórico estilo decimonónico, tan al uso del naturalismo del siglo XIX, y abrigada a su vez por un estoico existencialismo que jamás lo abandonaría.

Durante el segundo periodo del que beben estas crónicas sudamericanas, Delibes adaptó su narrativa al relato oral con original maestría. Una etapa donde la novela, *El camino* (1950) marcó un punto de inflexión tanto en su trabajo de ensayista como novelista. Para así proseguir su trayectoria acoplándose, mediante obras muy distintas, a su rol de ensayista comprometido y escritor experimental (realismo dialéctico, monodílogo, discursos ecológicos, etc.), en consonancia a los sucesos históricos de la

segunda mitad del siglo XX: Concilio Vaticano II, transición democrática española, transformaciones políticas y ambientales globales.

Los relatos recogidos en el volumen *Por esos mundos* (1961), tienen su origen en los reportajes periodísticos que Delibes publicó sobre frugales impresiones de Sudamérica tras su estancia en Chile (1955), siendo compilado como uno de sus libros de viajes. Pero teniendo en cuenta lo arriba mencionado, las obras –real y ficcional– que testimonian el primer viaje americano de Miguel Delibes con destino al Cono Sur han de ser leídas desde la perspectiva exacta en las que fueron escritas, porque sólo así arrojan información acerca del itinerario y cosmovisión del autor, del alcance de sus diversos textos y del contexto socio político en que fueron redactadas. Respecto al paralelismo entre la obra real y la ficcional, en cuanto a que las crónicas periodísticas dieron paso al *Diario* de Lorenzo, hallamos que en la escritura diarística del cazador y emigrante apenas sobresalen prejuicios, al tiempo que su castellano vulgar daba paso a “aculturados” chilenismos.

Sin alcanzar una particular “narrativa de la conciencia” o trazar formas vanguardistas, la narrativa oral y la preocupación por la deshumanización del hombre despuntan en la intrahistoria de estos contradictorios relatos periodísticos. Ya que expone opiniones diferenciales sobre el bienestar o el infortunio de las gentes que conoce en sus estancias o sobre las formas de vida que descubre en sus viajes. En este caso pronosticaba un futuro incierto para el indígena ante el “desasimiento” no sólo físico sino emocional que le embargaba. Un ser configurado como un extraño en su propio territorio: un *outsider*, lamentándose de la miseria y el desdén “auto-afligido”; ante la consabida autosuficiencia en las comunidades rurales o la merma de su sabiduría popular frente al desarrollo industrial y tecnológico. El sentido del progreso, al que alude en forma subrepticia en el prólogo de las crónicas, se manifiesta de manera acusada en el ocaso del indio de La Araucanía. El autor vallisoletano concibe el progreso en el sentido de un regreso a formas de vida no agresivas con el medio físico y humano. En esta coyuntura, el autor tiende a presentar un paisaje de injusticias que paradójicamente fluctúan entre la belleza y la podredumbre, al enunciar unas condiciones materiales y morales de precariedad. Solo la ironía que en adelante se barajará en su estructura narrativa, permitirá una lectura de sus relatos acerca del prójimo más complaciente y liberadora, pues en forma metódica forja al indio araucano hacedor de su propia miserabilidad y confinación. Frente a la configuración de prototipos como el mencionado, ennoblece por el contrario la posición del huaso o del mismo emigrante en que se convierte el cazador Lorenzo –ese otro “yo”–, aproximándose a aquellos seres que reconoce como “auténticos” y autosuficientes, aunque no sin dificultad, que pueblan lo rural. Delibes mantiene el referente de la Castilla de mediados del siglo XX, donde los sucesivos cambios políticos y el advenimiento de la modernidad catapultaron a la gente del agro en un mundo de pobreza y violencia, perspectiva manifiesta en sus textos reales como ficcionales. No obstante, gran parte de sus personajes son erigidos como antihéroes, y representados en

individuos con débiles atributos, pero en relación armónica con la naturaleza al formar parte del ecosistema que habitan. Este es el caso del “débil mental” Azarías, del noble señor Cayo, del ingenuo Pacífico Pérez y, por supuesto, del deslenguado Lorenzo.

Tradicición y modernidad despuntan en las primeras crónicas americanas, mientras describe una fisionomía geográfica a imagen de un mundo “enfermo” y que más tarde sería reflejada por J. Lovelock en su teoría sobre Gaia (1979). Variante presente en su concepción macrocefálica de las grandes urbes latinoamericanas y constante que emergerá en su imaginario narrativo y en su posterior discurso de ecología política. En estos textos –donde paradójicamente deslumbran los prejuicios y las contradicciones delibianas–, hallamos parte de las raíces de su concienciación social sobre el medio ambiente enfermo y el sujeto frágil. Pues su humanismo, de hondas raíces cristianas, lo llevarán al rechazo taxativo –presente en su vasto itinerario como escritor y ensayista– de aquellas prácticas sociales que domesticar no sólo a la naturaleza sino a los seres desvalidos, o que enmascaran la condescendencia hacia el prójimo en un proteccionismo socializador de la sub-alternancia que reprobó mediante su ética y su estética.

Este artículo ha sido desarrollado en el marco del Proyecto TECUDE (Territorio, cultura y desarrollo): PAI/SEJ-418.

OBRAS CITADAS

- Alonso de los Ríos, Cesar (1971). *Conversaciones con Miguel Delibes*. Ed. Magisterio Español.
- Broullón, Esmeralda (2010). Diario de un emigrante. En E. González, E. y A. Reguera (coord.), *Construyendo la Nación en América* (pp. 105-125). Biblos. Disponible en: https://digital.csic.es/bitstream/10261/199686/1/El_Diario_como_testimonio_de_%20vida.pdf
- Delibes, Miguel (2007-2010). *Obras Completas*, Volumen VII (7 tomos). Recuerdos y Viajes. Destino.
- (1966). *Obras Completas*. Tomo II. Prólogo (pp. 14-15). Destino.
- (1961) *Por esos mundos. Sudamérica con escala en Canarias*. Destino.
- (1959). *La hoja roja*. Destino.
- (1958). *Diario de un emigrante*. Destino.
- (1956). *Un novelista descubre América (Chile en el ojo ajeno)*. Editora Nacional.
- (1955). *Diario de un Cazador*. Destino.
- Delibes, Miguel y Vergès, Josep (2002). *Correspondencia 1948-1986*. Destino.
- Díaz, Joaquín (1993). La tradición oral. En J. Jiménez (dir.), *El autor y su obra: Miguel Delibes* (pp. 183-186). UCM.

- García, Ramón (1993). El mundo y yo (Libros de viajes de Miguel Delibes). En R. García, Ramón y G. Santoja (eds.), *El autor y su obra: Miguel Delibes* (pp.167-176). Ed. Actas.
- Gómez Trueba, Teresa (ed.) (2022). *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo del S. XXI*. Cátedra Miguel Delibes.
- Jiménez, José (1993). *El autor y su obra: Miguel Delibes*. UCM.
- Lynn, Sheryl (2010). *Un viaje infernal que jamás termina. Los Diarios de Miguel Delibes*. Libertarias Ediciones.
- Lovelock, James E. (1985). *Gaia, una nueva visión sobre la Tierra*. Ediciones Orbis.
- Marchamalo, Jesús (ed.) (2020). *El libro de Miguel Delibes. Vida y obra de un escritor*. Selec. textos de Miguel Delibes a cargo de Amparo Medina-Bocos. Destino.
- Marra-López, José R. (1959). Miguel Delibes: Diario de un emigrante. *Insula*, (149), 6.
- Medina-Bocos, Amparo (1997). Estudio preliminar a Miguel Delibes. *Diario de un emigrante* (pp. XVI-XVII). Destino.
- Portal, Marta (1982) Diario de un emigrante, una lectura en falsilla. En VV. AA, *Estudios sobre Miguel Delibes* (pp. 203-2014). UCM.
- Regazzoni, Susana (1980). L'America el Diario de un emigrante di Miguel Delibes. *Studi di Letteratura Hispano-americana* (10), 129-133.
- Sanabria, Gloria Inés (2001). *Presencia de América en la novelística de Camilo José Cela, Miguel Delibes y Gonzalo Torrente Ballester*. UNED.
- Sánchez, José Francisco (1989). *Miguel Delibes, periodista*. Destino.
- Sánchez, Rafael (1956). *El Jarama*. Destino.
- Santos, Dámaso (1958). Diario de un emigrante. En *Pueblo* 22 de mayo.



Esta obra está bajo licencia internacional
Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0